

# EL ODIIO A LO VIVO. OBSERVACIONES SOBRE LA PSICOLOGÍA SOCIAL DEL FASCISMO, AYER Y HOY

*The Hate Towards the Living. Remarks on the Social Psychology of Fascism,  
Then and Now*

GÖTZ EISENBERG\*

[goetz\\_eisenberg@web.de](mailto:goetz_eisenberg@web.de)

*“Algunas tardes...  
apartado de nuestros horrores económicos...  
se estremece al paso de los cazadores y las hordas”  
(Arthur Rimbaud)*

*“Escucha tu publicidad sobre laxantes y sabrás quién y cómo eres”  
(Wilhelm Reich)*

Hace tiempo que por razones biográficas me preocupa la cuestión de por qué unas personas llegan a ser socialistas libertarios o anarquistas y otras se convierten en fascistas. Me lo he vuelto a plantear con motivo de mi interés en la Guerra Civil española: ¿por qué en la actualidad la rabia del hombre y la mujer corriente adquiere tonos fascistas (en Estados Unidos y Europa), mientras que la rabia de los trabajadores y campesinos españoles adoptó la forma del anarquismo? ¿Se debe sólo a las improntas ideológicas que se producen durante la adolescencia y que los cauces biográficos dirigen en una u otra dirección? ¿Unos, en una fase particularmente sensible de la búsqueda de orientación, se topan con un grupo de socialistas libertarios y otros dan con los fascistas? Esos azares juegan sin duda un papel, pero la cosa no es tan sencilla. El tipo de filosofía que cada cual adopta depende del tipo de persona que sea, de la capacidad de reflexión y experiencia de la que disponga. La elección de una u otra opción tiene una base biográfica, arraiga en procesos psíquicos que pueden discurrir por sus meandros o estar helados y entumecidos. El enamoramiento del mundo característico de la curiosidad infantil requiere el afec-

---

\* Sociólogo y ensayista alemán. Durante varias décadas trabajó como psicólogo en la prisión de Butzbach.

to benévolo y cariñoso de las personas del entorno del niño. El niño que crece en un clima de aceptación compasiva tiene la sensación de que se le quiere y desea, de que está “en su sitio”; el niño que se ve sometido a constantes castigos, humillaciones y menosprecio tiene la sensación de que no se le quiere, de estar en el lugar “equivocado”, de estar de más. El primero, una vez adulto, tendrá una buena relación consigo mismo y estará enamorado de la vida; el segundo, lleno de dudas y de desprecio hacia sí mismo, se sentirá atraído por la muerte y los muertos. Puede que la pedagogía logre encauzar su curso vital, pero éste acabará por secarse y quedar absorbido por una monotonía desconsolada. Todo lo vivo suscita su envidia e incluso su odio, y le produce un impulso destructivo. En la novela de Christa Wolf *La ciudad de los ángeles* puede leerse: “Le pregunté cómo ha llegado nuestra civilización a producir esos monstruos. Vida impedida, dijo él. Qué otra cosa podría ser. Vida impedida”.

Un día un recluso de la prisión donde trabajaba me dijo que a veces sentía el deseo de patear la cabeza de a los mendigos de la estación de Frankfurt. Unos sienten compasión ante la miseria de otros seres humanos, otros sienten rabia ante los “gorriones” y “parásitos” que no se ganan el pan con el sudor de su frente.

“Muy pronto en mi infancia”, escribe Adorno en *Minima moralia*, “vi por primera vez a los barrenderos que recogían la nieve con sus ropas livianas y raídas. Cuando pregunté me dijeron que eran hombres sin trabajo, a los que daban esa ocupación para que pudieran ganarse el pan. Les está bien que tengan que recoger nieve, dije furioso, e inmediatamente rompí a llorar desconsoladamente”.

El pequeño Theodor reacciona en un primer momento en consonancia con el mundo adulto, cuyos juicios y prejuicios ha interiorizado. Los hombres que recogen la nieve suscitan su ira despiadada. Entonces recapacita y rompe a llorar: por vergüenza de su propia adaptación y por compasión hacia esos hombres muertos de frío. El muchacho se pone de parte de los atormentados, en cuyo sufrimiento se reconoce. Adorno logra pese a todo adoptar una actitud humana porque al comienzo de su vida su madre le transmitió amor. Ese afecto le ha permitido construirse un halo de confianza que le inmunizó frente a las tentaciones fascistas. Las experiencias de felicidad vividas en la infancia temprana nos acompañan y nos alientan durante toda nuestra vida; en los adultos pueden llegar convertirse en el fermento de tentativas de reconstrucción político-libertarias y de utopías.

En su libro autobiográfico *El fuera de lugar como lugar seguro* [*Das Abseits als sicherer Ort*], Peter Brückner narra un suceso de una similar ambivalencia. Él, que por entonces se entendía como un “antifascista espontáneo”, cuenta cómo en 1943 vio por primera vez a un prisionero de guerra ruso en la frontera entre Austria y Hungría. “Sabía cómo trataban a los prisioneros de guerra rusos en los campos de concentración alemanes y, pese a que había sacado mis ‘nociones básicas sobre el marxismo’ de la gran enciclopedia soviética, no era en absoluto un antibolchevique. Pero, de todos modos: vi a un hombre arrodillado en tierra, andrajoso, escuálido, rapado, con moratones en la piel y ojos hundidos e inyectados de sangre, los dientes negros, grietas y desgarrones por todas partes; por lo demás, para mí carecía de expresión, de fisonomía, no tenía nada con lo que ‘empatizar’. De golpe evocó en mi interior la imagen del infrahombre asiático; surgió la idea de que, entre los tártaros, al otro lado de los Urales, había rusos, gente cuyos instintos anticivilizadores, cuyas cualidades predatoras habían podido desarrollarse al amparo del bolchevismo. Esta imagen de la propaganda antibolchevique del nacional-socialismo había calado tan hondo en mí que sentí aversión y angustia ante el prisionero de guerra. A pesar de que creía –o quizá precisamente por eso– no necesitar rastrear en mi interior en busca de elementos fascistas, éstos se habían adueñado de mi espontaneidad. Por fortuna, en ese momento el preso se dirigió a mí. Hablaba alemán con fluidez. Resultó que era un director de cine de Leningrado. Podría decirse que tuve suerte: primero de que me dirigiera la palabra, y luego de que, al hacerlo, rompiera de golpe el mecanismo instantáneo de la percepción. En tercer lugar, tuve suerte porque uno no se olvida de una lección como esa”.

Pero para tener esa suerte uno tiene que estar abierto y tolerar la percepción de la diferencia. Un verdadero fascista no hubiera permitido que la cosa llegara a ese punto. Más tarde Brückner encontró conceptos precisos para esta experiencia: “El que no es visiblemente de los nuestros ocupa una posición muy frágil en nuestra cultura”. En este sentido hablaba de un “fascismo de los sentimientos, muy alejado de la cabeza”. De cuando en cuando nuestra conciencia adulta, ilustrada y tolerante, se ve sorprendida por emociones que surgen de repente como si ascendieran por un tubo desde las profundidades de nuestro alma infantil, donde yacen todavía un montón de cachivaches fascistoides que nuestros antepasados nazis han dejado ahí.

Las personas que han recibido una educación autoritaria y se han “echado a perder” llevan consigo la propensión a negar lo que han tenido que ahogar y

enterrar dolorosamente en sí mismos y a combatirlo y destruirlo allí donde lo encuentran, en el otro y en los que son diferentes. La vida abatida y dañada se incuba más allá de sus compensaciones e incita a la venganza. Sobre la base de una experiencia impedida, de una vida en buena medida asfixiada por los cauces pedagógicos, se desarrolla una tendencia a resarcirse en el otro y a perseguir aquello que aún parece estar vivo. “¡Ese de ahí no se controla como yo!”. A quien le han estafado su felicidad el resentimiento y la hostilidad le brotan de todos los poros. Reaccionará a las señales de un plus de felicidad y vida con dureza y crueldad. “La misma injusticia para todos”: esa es la consigna no declarada de su vida no vivida. El fascismo activa políticamente este resentimiento, y lo sigue haciendo hoy, a nivel psicodinámico ha sido y sigue siendo el retorno de lo reprimido: “Cuando los deseos muertos resucitan, se convierten en la masa de aquellos a los que hay que matar”, escribe Klaus Theweleit en su libro *Fantasías masculinas [Männerphantasien]*, hoy por desgracia casi olvidado.

En la medida en que cada uno de nosotros hemos sido objetos y víctimas de estos procesos educativos, en parte nos han matado y albergamos en nosotros el conflicto de lo muerto con lo vivo. A una parte de nosotros la dan vida y la habitan los cuerpos que la han sostenido, protegido y dado calor, así como los objetos de amor pasados; la otra parte ha sido deshabitada, vaciada de vida, anestesiada y en el caso extremo la han dado muerte ausencias, castigos, frialdad y abandono. Entre estos dos principios que luchan en nuestro interior no hay un equilibrio tranquilo, homeostático, y cada cual debe decidir cuál de los dos se impone sobre y en su vida. Si uno no se decide también ha decidido: el predominio de la objetividad social, el trabajo muerto acumulado y convertido en capital se ocupará de que en un estado de aparente equilibrio el principio de muerte salga ganando. Afirmación de lo muerto o emancipación: a esta pregunta existencial responde cada cual con su biografía. La producción de lo humano es el criterio de la emancipación, más que la decisión política abstracta entre la derecha y la izquierda. Las experiencias históricas nos han revelado dolorosamente que incluso proyectos supuestamente de izquierdas pueden caer en la espiral de una forma de producción letal y funesta cuando se descuida la idea reguladora de la emancipación como producción de lo humano. Sospecho que fue el conocimiento, o al menos el atisbo, de que el comunismo de matriz estalinista tiene –pese a todas sus diferencias– una cierta similitud con el fascismo lo que llevó a Alfred Kantorowicz a horrorizarse ante el

terror del NKWD<sup>\*</sup> y ante la atmósfera de desconfianza y denuncias que elaboraría más tarde en su parábola del campesino chino.

Recordemos: En la figura de lo muerto o de la vida asfixiada en nosotros hay un fascismo muy alejado de la cabeza, un fascismo de los sentimientos o de la ausencia de sentimientos que nos fuerza a una batalla de por vida. Si se quiere, se podría llamar a esto la cara interna de la lucha de clases. Quien se resigna y se pone en manos de la inercia de lo real permite que lo muerto gane terreno para desarrollarse, algo que se entreteje de múltiples modos con la primacía de lo muerto en la vida externa y se apoya en ella. “La muerte se produce cuando la vida ya no tiene nada que valga la pena defender”, escribe John Verger en su libro *Con la esperanza entre los dientes*.

Pero ahora volvamos a la Guerra Civil española. ¿Por dónde discurría allí, más allá del plano de las ideologías, la frontera entre izquierda y derecha?

Malraux describe cómo los milicianos anarquistas repartían cigarrillos entre los prisioneros fascistas que tenían que presentarse en un lugar público. Más tarde dos protagonistas de su novela *La esperanza* hablan sobre esa escena y se preguntan cómo cabe interpretarla. Uno conjetura: “Quieren mostrar a los de arriba que no tienen ningún derecho a despreciarles. Lo que estoy diciendo suena a broma, pero lo digo muy en serio. En España la derecha y la izquierda se distinguen porque unos sienten predilección por la humillación, mientras que otros la detestan. El Frente Popular es entre otras cosas la comunidad de aquellos que aborrecen la humillación ... Lo contrario de la humillación ... no es la igualdad, sino la fraternidad”. Hay gente que ha sido humillada desde muy pequeña y que se deja humillar toda la vida por los de arriba. Se resarcen en la medida en que pueden humillar, por su parte, a los que están por debajo de ellos. Y hay otros que, en virtud de las humillaciones que han sufrido, llegan a la conclusión de que nadie más debe ser humillado.

Con motivo de la muerte de su amigo Nicolás, al que ha dedicado su *Testamento español*, Arthur Koestler escribe: “Seguro que el pequeño Nicolás no ha muerto con serenidad. Era un civil. Los milicianos en el patio también eran civiles. No tenían práctica en la muerte. Tenían mucho miedo a la muerte. Eran soldados del pueblo, soldados de la vida, no de la muerte”.

---

<sup>\*</sup>Comisariado del Pueblo de Asuntos Internos de la Unión Soviética [N. del T.].

En los informes reunidos por Enzensberger sobre Durruti y los milicianos anarquistas puede apreciarse, pese a la seriedad de la situación y la disposición al combate, también una enorme alegría de vivir, un goce en la fiesta y en el amor. La clase trabajadora española era más salvaje y también más violenta que la alemana o la inglesa, tenía menos respeto por la propiedad privada o por el Estado. Aún no había sido domesticada ni había pasado a formar parte del mundo burgués. En los términos de la teoría del proceso de civilización desarrollada por Norbert Elías, la mentalidad de las capas populares españolas era la de un habitus pre-burgués: Los estados de ánimo más extremos estaban eran contiguos y podía pasarse rápidamente de uno a otro, las barreras afectivas eran bajas, imperaba una rápida disposición a la acción y una mentalidad de aprovechar el momento. Las cabezas de los jornaleros y trabajadores españoles aún no habían sido colonizadas por el espíritu capitalista, sus cuerpos aún no se habían convertido en meros instrumentos de trabajo. Michel Foucault ha recordado que “la vida y el tiempo de los seres humanos no son por naturaleza trabajo, son placer, discontinuidad, fiesta, calma, necesidades, azares, deseos, violencias, etc. Y el capital debe transformar toda esta energía explosiva, instantánea y discontinua en fuerza de trabajo que se oferte de forma continuada e incesante en el mercado”. Podríamos considerar este proceso como el “mayor experimento de todos los tiempos en lo que se refiere a la modificación de la conducta” (Klaus Dörner) y como el mayor adiestramiento de la historia universal, que ha logrado su propósito cuando ya no requiere del látigo del capataz y los seres humanos viven su desgracia que valoriza el capital como su satisfacción y su destino. Al final –cabe leer en Marx– surge la clase trabajadora, que “por educación, tradición y costumbre reconoce las exigencias de ese modo de producción como leyes naturales y evidentes de suyo”. Como resultado de este proceso la imposibilidad inicial de vivir en condiciones capitalistas se convierten en algo posible para ellos. Actúan con buenos modales, renuncian a la violencia, se organizan en partidos y sindicatos que tienen como objetivo la mejora de las condiciones de los trabajadores en la sociedad burguesa, a la que ya no ponen en cuestión. Los trabajadores españoles, en la medida en que eran anarquistas, no se inclinaban a someterse a la disciplina fabril y a otras exigencias que la forma de producción capitalista-industria imponía a su conducta, y se rebelaban contra ellas.

Malraux, Borkenau y Orwell describen la rebotante exaltación, la alegría y el entusiasmo revolucionario y la fraternidad en los días y semanas que siguieron a la derrota del alzamiento militar en Barcelona. En el calor de la lucha, los hombres se

sacan las púas que normalmente les aíslan y les mantienen a distancia, descubren al ser humano en el otro. La masa revolucionaria se experimenta como un gran y único cuerpo vivo. “La noche no fue más que fraternidad, ... una y otra vez los mismos puños en alto, la misma fraternidad”, escribe Malraux. Esta fraternidad incluía también a las hermanas, a las mujeres, que se implicaban en la lucha en igualdad de condiciones: “Todos los oprimidos por uno u otro motivo se nos han unido, luchan con nosotros”, escribe Malraux. La gran fuerza de la revolución es la esperanza, la esperanza de una vida digna y feliz, una vida sin amos ni esclavos. “Lo que de verdad cuenta, ¿no es la felicidad? ¿Para qué se hace la revolución si no es para ser feliz?”, pregunta Pasolini en sus *Escritos corsarios*.

A los fascistas se les abre el cuchillo en el bolsillo ante esta vitalidad. El anarquista habita incluso en el interior del fascista en la figura de sus deseos reprimidos. El fascista alberga en sí a un doble anarquista que quisiera salir libre al exterior y poder vivir, un doble cuyo cautiverio perpetúa al lanzarse en una guerra contra los anarquistas. Como escribió Reto Hännny, “lo exterior indica lo que está sepultado dentro”. Cuando otras personas muestran deseos de mayor autonomía y goce, ponen el peligro el sistema que ha permitido la adaptación del fascista y la estabilidad de su represión pulsional. Por eso ve cómo por todas partes surgen “de las profundidades” las ratas de la revolución e inundan el país. Por todas partes debe “drenar ciénagas” y “sacar el estiércol de las pocilgas”. El odio del fascista es un odio dirigido contra ciertos elementos de su propia persona, contra los propios deseos pulsionales de los que se defiende y que mantiene a raya con esfuerzo. En primer lugar, el desprecio y el odio a las mujeres, que ha incitado a los fascistas de todos los países y de todos los tiempos, y que les incita y azuza hasta hoy.

En la última campaña electoral en Estados Unidos hemos podido ver cómo muchos rasgos de este síndrome fascista volvían a cobrar vida. “*Lock her up!*”, ¡enciérrala!, “*drain the swamp!*”, ¡drena la ciénaga!, “*close the borders!*”, ¡cierra las fronteras!, proclamaban Trump y sus seguidores. Habría que tomarse la molestia de analizar el lenguaje de Trump, de ver qué metáforas e imágenes utiliza. Al fascista se le reconoce también por el lenguaje que emplea. Las consignas de Trump se dirigen en primer lugar a restablecer el equilibrio interno del “hombre corriente”, que se ha desajustado, y lo restablecen a costa de todos aquellos que no son “de los nuestros”. Trump es viagra para la autoestima del “hombre corriente” desconcertado e inseguro, que –por cierto– también puede ser la “mujer corriente”. En una peculiar “identificación con el agresor”, en las últimas elecciones más de la mitad

de las mujeres blancas han votado a Trump, que las había insultado rudamente. Del mismo modo que un profesor alemán en la era del “súbdito” de Heinrich Mann solo puede asegurarse el amor de sus alumnos dándoles palizas, Trump se ha ganado el voto de las mujeres blancas humillándolas y rebajándolas. Para muchas de ellas –a menudo por experiencias con sus padres– las experiencias de afecto y humillación están enredadas como en una trenza, de modo que, en virtud de una compulsión de repetición, solo se sienten cómodas con políticos que al mismo tiempo las cortejan y las degradan.

Leo Löwenthal describió a políticos del tipo de Trump en el marco de los *Studies in Prejudice* del Instituto de Investigación Social en el exilio ya en los años cuarenta del pasado siglo. El estudio que Löwenthal llevó a cabo con Norbert Guterman llevaba por título *Profetas del engaño* [*Prophets of Deceit*]. Se trataba de un estudio sobre las técnicas y los temas de los agitadores en Estados Unidos. En él Löwenthal y Guterman desarrollan los fundamentos de una teoría de la agitación fascista que puede servirnos aún hoy para comprender el populismo de derechas, y en primer lugar el trumpismo. Describen el procedimiento de los agitadores estadounidenses de los años cuarenta como un “psicoanálisis invertido”. Mientras que el psicoanálisis esclarece los miedos de los individuos y hace consciente lo que hasta ese momento era inconsciente para permitir que adquieran una mayor soberanía, el populismo de derechas quiere reforzar los miedos para mantenerles en un estado de minoría de edad. Un ejemplo de este procedimiento: en lugar de reconducir las vagas sensaciones de verse subyugado por un entorno cada vez más extraño a una crítica de la alienación capitalista real, que crece día a día, el populista las dirige contra los extraños, cuya presencia explicaría por qué uno ya no se siente amparado y en casa en su propio país.

Pero veamos lo que dicen Löwenthal y Guterman en su libro *Profetas del engaño*: “El agitador va en la dirección opuesta [a la del psicoanálisis, G.E.]. Se sirve de los estereotipos populares para reforzar los vagos resentimientos de los que son expresión. No los utiliza como punto de partida de un análisis, sino como si fueran ya el resultado del análisis: el mundo es complicado porque hay en él grupos de personas cuya intención es hacer que el mundo sea un lugar complicado. Azuza a su auditorio incitando reacciones sociales similares a las del individuo paranoico, y lo hace mediante una incesante apelación a la idea de una conspiración. (...) En lugar de proponer un mejor aprovechamiento de las posibilidades productivas o una distribución más justa del producto social, el agitador alimenta el resen-



timiento frente a los excesos del lujo. (...) De acuerdo con sus revelaciones, habría planes para que nuevas masas de inmigrantes vengan al país. Estos extranjeros se presentan como una competencia peligrosa, como un elemento nocivo, vinculado a los ‘banqueros internacionales’. (...) El carácter apátrida de los refugiados se convierte en el equivalente psicológico de las pulsiones reprimidas de los oyentes. Esta equiparación les prepara para soltar las pulsiones proscritas contra el pueblo proscrito; se tiende un puente psicológico entre la presión interna del resentimiento contra la represión y el resentimiento contra un pueblo apátrida. Quien no tiene patria no merece ninguna”. El agitador afirma que “hay que limpiar América, se aconseja un baño depurador. (...) A menudo se refiere al estado actual del país como una casa abandonada. Se queja de que los enemigos ‘han traído el desorden a nuestro hermoso país’, de que el ‘germen de la enfermedad ideológica e intelectual’ amenaza a América con su peste y que ha llegado el momento de hacer una ‘limpieza general’. Echa pestes contra ‘toda esta inmundicia apestosa’ y subraya la necesidad de ‘limpiar el país de esta sucia banda’. Al igual que con las metáforas de animales, las metáforas higiénicas se utilizan a menudo y en contextos tan estables que no pueden considerarse algo accidental. (...) Al mismo tiempo la proyección al enemigo de las pulsiones reprimidas recuerda al oyente que estas pulsiones son indecentes y repugnantes. Así es como la proyección suscita al mismo tiempo goce y hostilidad”.

Hasta aquí el estudio sobre los *Profetas del engaño*, publicado en 1950 en Estados Unidos. ¿Acaso sus paralelos con el presente no resultan sorprendentes y terroríficos? Habría que tomarse la molestia de analizar detenidamente los discursos de Trump y otros populistas de derechas desde el modelo de Löwenthal y Guterman para sacar a la luz sus mensajes implícitos. Desde los estudios sobre la autoridad y el prejuicio sabemos que existe algo así como un síndrome fascista de extrema derecha que se asocia con diferentes “síntomas”. Bajo la responsabilidad de Adorno se desarrolló una Escala-F (abreviación de Escala de Fascismo). Se trata de un cuestionario para captar las opiniones antidemocráticas y los rasgos caracteriales propios de la personalidad autoritaria. El extremismo de derechas puede adoptar rasgos cambiantes, pero pese a todo revela que determinados rasgos de su fisonomía aparecen a menudo asociados con otros. Por ejemplo, quien despotrica contra los extranjeros, los judíos y otras minorías, generalmente se opone a los derechos de las mujeres y está a favor de los castigos físicos y la pena de muerte. Desprecia el parlamento como un “chiringuito de parloteo” y desearía que un “hombre fuerte”

governara “el país con mano dura”. Aquí existe una complementariedad psicológico-social según la cual determinados afectos sociales se vinculan con otros. Eso no ha cambiado hasta hoy y puede encontrarse en diferentes proporciones en el populismo actual, aunque a menudo el antisemitismo no se articula abiertamente. Pero ocurre lo de siempre: aquello que se ha eliminado resulta visible en los intentos de ocultarlo por parte del populista. Así ha sucedido con el antisemitismo en el caso de la última campaña electoral de Trump.

El “psicoanálisis invertido” cotiza al alza y sigue cosechando triunfos. En lugar de esclarecer los miedos y angustias que laten en el trasfondo psíquico de la gente y hacerlas conscientes –como haría la praxis psicoanalítica e ilustrado-democrática– el agitador fascista o populista se apropia de esta materia prima y se sirve de ella para sus propios fines. Maneja tendencias de disociación inflamadas de nuevo como si fueran “solo buenas” o “solo malas”, y ofrece a la persona insegura un enemigo que encaja y al que puede hacer responsable de su desgracia. Como, de acuerdo con Melanie Klein, todos los seres humanos pasan por el estadio del maniqueísmo propio de la infancia temprana, la “posición esquizoide-paranoide”, la tendencia a desactivar las disonancias cognitivas y los estados de tensión anímicos no sólo es virulenta en aquellos a los que el bloqueo de determinados procesos de maduración ha fijado en esta fase del desarrollo, sino también en adultos “normales”. En una era de inseguridad y desorientación generalizada se produce una regresión colectiva a mecanismos sencillos, infantiles y arcaicos de regulación psíquica. La capacidad de juicio y diferenciación se atrofia y se incrementa la necesidad de simplificaciones que puedan suponer un alivio. Aquel que ofrezca las polarizaciones más simples tiene las mejores cartas para captar la atención y la obediencia de los seres humanos. La verdadera ilustración –que renuncia estrictamente a todo elemento populista o similar a la publicidad–, por el contrario, requiere esfuerzo y es dolorosa. Ese es el motivo de que, en tiempos de crisis, cuando los seres humanos anhelan soluciones rápidas, las tentativas de una ilustración de izquierdas apenas tengan ninguna opción frente a las simplificaciones populistas.

*Traducción del alemán: Jordi Maiso*